



Un espacio para el Espíritu

¿Cómo vivir con intensidad esta vida que nos ha sido dada? ¿Cómo aproximarnos a una plenitud interior?

A menudo la felicidad se nos escapa entre los dedos de las manos, como agua. Y tenemos una sed que no se sacia fácilmente. Los desasosiegos interiores pueden bloquearnos. Quizá tengan su raíz muy hondamente enclavada dentro de nosotros mismos y no somos capaces siquiera de vivir a gusto en nuestra propia piel. Quizá tratamos de ocultar lo que nos inquieta con la acción, o con una ideología que nos permite clarificar y delimitar metas, o dejando que la rutina de cada día nos conduzca.

Y sin embargo, el Cristo nos invita a recomenzar, a iniciar una nueva forma de vivir. Nos muestra con transparencia que es necesario nacer del Espíritu¹. Y salta en nosotros la pregunta: ¿Pero cómo puede ser esto, Señor? ¿Qué es este renacer a una vida nueva? Estas preguntas indican que seguimos anclados en nuestros esquemas mentales. Queremos clasificar, ordenar y controlar con nuestros pensamientos nuestro mundo. Así es este mundo del conocimiento que estamos construyendo. Somos capaces, mediante la ciencia y la técnica, de controlar las cosas para ponerlas a nuestro servicio.

Pero el Cristo nuevamente nos mueve a salir de nuestros esquemas. Él dice que al que nace del Espíritu le sucede como quien oye soplar el viento, "oyes su rumor, pero no sabes ni de dónde viene ni a dónde va". Somos invitados a abrir las ventanas de nuestra casa. Él nos indica que podemos, que somos capaces de escuchar. Y, además, nos recuerda que podemos confiar. ¿Sabremos acoger estas palabras? ¿Seremos capaces de sobrepasar la desconfianza que nos inmoviliza? ¿Tendremos suficiente coraje como para dejarnos llevar por ellas? "Fíate de Él... No dudes más... La paz de Dios llenará tu ser..." Como el canto dice, un día, inesperadamente, te sientes ciudadano del reino de la paz. Y querrás compartir esta alegría serena con quienes se hayan sumidos en los desgarros interiores o con quienes han sido privados de lo más necesario.

¿Pero cómo acercarnos unidos a lo que verdaderamente somos, cómo ponernos en camino para construir y no para destrozar? El camino no lo hacemos solos. Aunque la soledad sea tantas veces un lugar privilegiado para la escucha atenta. La voz del viento suena en las voces de quienes peregrinan con nosotros. Y tantas veces no sabes hacia dónde te llevan. Sólo sabes que son de fiar. Que son voces transparentes como el aire. Porque el Resucitado no se ha ido. El ahora Invisible permanece entre nosotros. Es fácil ceder a la tentación del individualismo. Tantas veces se han visto defraudados nuestros proyectos con los otros... Tantas veces nos hemos desengañado y hemos visto traicionada nuestra confianza... A veces con un coste personal de gran dolor. Y también

¹ Jn 3, 1-8. Jesús le dice a Nicodemo, el maestro de la ley que es capaz de reconocer la verdad y la fuerza que hay en la actuación de Jesús, pero que no puede ir más allá: "Yo te aseguro que nadie puede entrar en el reino de Dios, sin no nace del agua y del Espíritu". Nicodemo trata de clasificar a Jesús dentro de sus categorías intelectuales, Jesús le invita a dar un paso más, le invita a vivir de otra manera.

somos conscientes de nuestras propias limitaciones, que pueden hacer daño a los otros. Y, sin embargo, un lugar privilegiado del encuentro con el Espíritu es estando "todos juntos en el mismo lugar"². El don de una vida compartida con los otros es también búsqueda perseverante y alegría compartida, desbordada de los corazones. Es encuentro con uno mismo y descubrimiento de uno mismo en el seno de una amistad y de una comunión que no anula, sino que vivifica. Que no es coactiva, sino liberadora. Que se alimenta de la creatividad del Invisible, Padre que conoce bien la inmensidad a la que somos llamados y que nos configura.

Quizá nos sentimos llenos temor, de inseguridad. Quizá nos sentimos demasiado abatidos o debilitados, o desprovistos de recursos. ¿Cómo alimentarnos, cómo crecer, cómo encontrar la fuerza necesaria del Espíritu? En el mundo de abundancia que hemos propiciado, por otro lado, contamos con tantos ofrecimientos y posibilidades de pasar nuestro tiempo que nos vemos ante la necesidad de hacer elecciones. Hay quienes lo tienen todo previsto, quizá para atemperar sus propios temores o inseguridades, ¿sabrán que se autoexcluyen de una vida intensamente vivida? Hay un discernimiento que no podemos hacer solos. Porque somos llamados a una vida cuyo dinamismo y plenitud nos supera, que somos incapaces ni de imaginar. Ya aquí y ahora. El dinamismo del reino de Dios nos mueve a aquello que nunca creímos poder hacer. Pero es posible adentrarse en este dinamismo a quienes están dispuestos a vivir con otros lo inesperado.

El mundo de la abundancia está enrocado en sí mismo, es ciego, sordo y mudo a realidades ajenas a él. Nos las muestra lejanas, extrañas a nosotros mismos. ¿Cómo romper con estas barreras? Hay una llamada fuerte del Evangelio a compartir nuestra vida con aquellos que han sido maltratados en su existencia o desposeídos de lo más necesario por los egoísmos humanos y por la insolidaridad. El Reino de Dios no es compatible con una búsqueda de seguridades y riquezas. Porque no se puede servir a dos amos al mismo tiempo³. ¿Cómo encontrar caminos para aliviar los sufrimientos de otros seres humanos? ¿Cómo salir del escepticismo o la desesperanza? Es condición para la escucha del Espíritu desproveerse, despojarse de interferencias. Aquí comienza un camino de solidaridad con los desposeídos. Y este camino no acaba en un ejercicio interior. Continúa con gestos concretos de solidaridad liberadora en la que los pocos panes que unos tienen se multiplican.

No será posible comprender las realidades del Evangelio sin esta perspectiva. No se trata de hacer y hacer, sino de dar salida a la fuerza de un Espíritu de amor que no teme la precariedad. Que, incluso, se hace aún más presente desde ella, desde las limitaciones humanas evidentes. ¿Seremos capaces de abandonarnos a su fuerza, a la luminosa danza de sus dones, a una energía liberadora más fuerte que nosotros mismos?

² Hch 2, 1-4. El pasaje de los Hechos en el que se describe de una forma muy expresiva la experiencia de los discípulos de Jesús, muestra que el encuentro con el Espíritu no es sólo una experiencia interior. Es una vivencia de tal intensidad que inicia inmediatamente un cambio compartido en la realidad y el mundo en el que están viviendo.

³ Mt 6, 24.